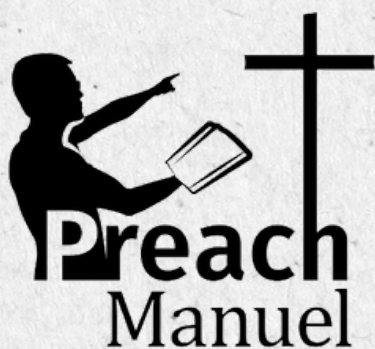




Comentario al
texto bíblico

UNIENDO EL
CIELO Y LA
TIERRA.

COMPLETOS EN
CRISTO

I TRIMESTRE - 2026

CRISTO ES SUFICIENTE

Al acercarnos a Epístola a los Colosenses capítulo 2, entramos en uno de los pasajes más desafiantes de la carta. No poseemos todos los detalles históricos sobre la crisis que enfrentaba la iglesia en Colosas, pero el propio texto nos permite reconstruir el problema: algunos enseñaban que Cristo no era suficiente.

Pablo deja una pista clara cuando, después de afirmar que los creyentes están completos en Cristo, introduce el tema de la circuncisión (Colosenses 2:11). Esto nos remite inevitablemente a controversias similares narradas en Hechos de los Apóstoles 15 y también en Epístola a los Gálatas 5–6. Allí vemos el mismo trasfondo: hermanos de origen judío que sostenían que la fe en Jesús debía complementarse con prácticas de la ley, especialmente la circuncisión.

“En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano...” (Colosenses 2:11).

El problema era profundamente judaizante. No se trataba simplemente de una diferencia cultural, sino de una exigencia espiritual: para alcanzar la “plenitud”, los creyentes gentiles debían someterse a preceptos, ordenanzas e interpretaciones rabínicas —las llamadas lecturas halágicas de la Torá— que regulaban cada aspecto de la vida. Sin estas prácticas, decían algunos, no podían considerarse verdaderamente completos.



CRISTO ES SUFICIENTE

Pero el asunto iba más lejos. Pablo habla de “misterio” y “pleno entendimiento” (Colosenses 2:2), lo que sugiere que ciertos maestros ofrecían un nivel superior de conocimiento. Era como si dijeran: “Está bien comenzar con Cristo, pero ahora deben avanzar hacia secretos más profundos”. En el judaísmo del primer siglo ya circulaban métodos interpretativos que buscaban significados ocultos en las letras hebreas, combinaciones numéricas y permutaciones del texto sagrado.

Frente a esto, Pablo responde con una declaración contundente:

“En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3).

No hay tesoros espirituales fuera de Cristo. No existen códigos secretos que otorguen una experiencia más elevada que la comunión con Él. Todo lo que pertenece a la vida y a la piedad se encuentra en su persona. La plenitud no está en rituales adicionales ni en conocimientos esotéricos, sino en el Hijo de Dios.

Por eso el apóstol exhorta con ternura y firmeza:

“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él” (Colosenses 2:6-7).



CRISTO ES SUFICIENTE

Así como lo recibieron por la fe, así deben continuar. Cristo al inicio, Cristo en el camino, Cristo al final. No se trata de comenzar con Él para luego superarlo, sino de profundizar en Él. La verdadera madurez cristiana no consiste en añadir capas de complejidad religiosa, sino en echar raíces más hondas en la gracia.

Ese es el corazón del capítulo: si se tiene a Cristo, se tiene todo.



LA VERDADERA PLENITUD FRENTE A LAS TRADICIONES HUMANAS

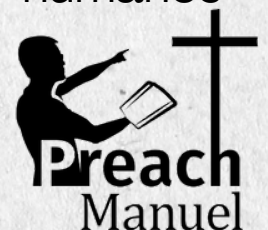
El apóstol continúa su exhortación con una advertencia solemne:

“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:8).

La combinación de estas expresiones es clave para entender todo el capítulo. Pablo no está atacando la ley de Moisés en sí misma, sino algo distinto: las interpretaciones humanas que pretendían tener la misma autoridad que la revelación divina. Eran tradiciones desarrolladas por maestros rabínicos para “llenar los vacíos” de la ley y hacerla aplicable a cada caso específico de la vida diaria.

Pensemos en el mandamiento del sábado en Éxodo 20:8–10. La ley declara: “No harás en él obra alguna”. Pero surge la pregunta: ¿qué tipo de obra? ¿Qué acciones concretas constituyen una transgresión? Allí intervenían los rabinos, elaborando una casuística detallada que regulaba cada movimiento. Con el tiempo, esas interpretaciones —esa especie de jurisprudencia religiosa— adquirieron un peso casi equivalente al de la propia Torá.

El problema no era el deseo de obedecer, sino la pretensión de que tales reglamentos humanos produjeran verdadera santidad.



LA VERDADERA PLENITUD FRENTE A LAS TRADICIONES HUMANAS

Jesús ya había enfrentado algo similar en Evangelio según Mateo 15, cuando denunció que se enseñaban “mandamientos de hombres” mientras el corazón permanecía lejos de Dios. La pureza externa no garantiza un corazón transformado.

Pablo retoma ese mismo punto al final del capítulo:

“Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué... os sometéis a preceptos tales como: no manejes, ni gustes, ni aun toques?” (Colosenses 2:20-21).

Y añade una evaluación contundente:

“Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría... pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2:23).

Aquí está el núcleo del argumento. Estas prácticas podían dar apariencia de humildad y de severidad espiritual, pero no transformaban el corazón. Podían producir reputación de piedad, pero no dominio sobre las pasiones internas. El evangelio, en cambio, apunta directamente al problema del corazón.



LA VERDADERA PLENITUD FRENTE A LAS TRADICIONES HUMANAS

La muerte y resurrección con Cristo —tema que Pablo conecta con el bautismo, como también desarrolla en Epístola a los Romanos 6:1–14— no es un ajuste externo, sino una nueva vida. Es la participación en la obra de la cruz que crucifica la carne y nos capacita para andar en novedad de vida.

Por eso el apóstol declara:

“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:9-10).

La plenitud no está en decretos humanos ni en reglamentos añadidos. Está en Cristo mismo. Y Pablo añade que Él es “la cabeza de todo principado y potestad”. Esto responde también a otro problema en Colosas: especulaciones sobre ángeles y prácticas de culto dirigidas hacia ellos (Colosenses 2:18).

Frente a cualquier mediación adicional —sea tradición humana o veneración angelical— Pablo afirma con claridad: si se tiene a Cristo, se tiene todo. Él es suficiente. Él transforma el corazón. Él domina los apetitos de la carne. Lo demás puede impresionar... pero no salva.



CUATRO IMÁGENES DE LA CRUZ: LIBERTAD, PERDÓN Y VICTORIA

Después de afirmar que en Cristo estamos completos, Pablo introduce un desarrollo teológico que va desde Colosenses 2:11 hasta el 2:15. En el texto griego puede percibirse una unidad bien delimitada: primero expone la obra de la cruz y luego, en el versículo 16, aplica sus implicaciones con un “por tanto”.

En esta sección el apóstol utiliza cuatro grandes imágenes para explicar lo que ocurrió en la cruz. No son descripciones exhaustivas —la cruz será tema de estudio por la eternidad—, pero sí ventanas que nos permiten contemplar su alcance.

Primera metáfora: la circuncisión.

“En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano...” (Colosenses 2:11).

Pablo toma el rito judío y lo resignifica. No habla de una operación física, sino de una obra espiritual: el “despojo del cuerpo pecaminoso”. A la luz de Epístola a los Romanos 6 y 8, la cruz hace posible que el poder del pecado sea quebrantado. Así como la circuncisión implicaba cortar una porción de carne, en Cristo se produce un corte radical con el dominio del pecado. No es un cambio externo, sino la pérdida de autoridad del “cuerpo de muerte”.



CUATRO IMÁGENES DE LA CRUZ: LIBERTAD, PERDÓN Y VICTORIA

Segunda metáfora: muerte y resurrección.

“Sepultados con él en el bautismo... fuisteis también resucitados con él mediante la fe” (Colosenses 2:12).

La cruz no solo cancela culpa; inaugura vida nueva. En el bautismo, por la fe, el creyente participa simbólicamente en la muerte de Cristo y en su resurrección. El mismo poder que levantó a Jesús actúa en el creyente, vivificando su existencia. Como afirma Epístola a los Efesios 1:19-20, es el poder de la resurrección el que transforma la vida presente.

Tercera metáfora: el documento de deuda cancelado.

“Anulando el acta que había contra nosotros... quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Colosenses 2:14).

La palabra griega utilizada aquí (cheirógraphon) proviene del ámbito comercial: era un pagaré, un documento que certificaba una deuda pendiente. Pablo la conecta con el perdón del versículo anterior. No está hablando de la ley de Dios como tal, sino del registro de nuestras transgresiones. Aquello que testificaba en contra nuestra fue cancelado en la cruz. La deuda quedó saldada.



CUATRO IMÁGENES DE LA CRUZ: LIBERTAD, PERDÓN Y VICTORIA

Cuarta metáfora: el triunfo sobre los poderes.

“Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15).

En un contexto donde circulaban especulaciones sobre ángeles y poderes espirituales, Pablo proclama la victoria absoluta de Cristo. Ninguna potestad —visible o invisible— quedó fuera de su señorío. La cruz fue, paradójicamente, el desfile triunfal del Rey.

Por eso concluye:

“Por tanto, nadie os juzgue...” (Colosenses 2:16).

La aplicación es clara: si la cruz ha producido liberación del pecado, cancelación de la deuda y victoria sobre todo poder, ningún sistema humano de reglamentos puede reclamar autoridad suprema sobre la conciencia.

La obra decisiva ocurrió en el Calvario. Allí el pecado perdió su dominio, la deuda fue anulada y los poderes derrotados. Y quien está en Cristo participa de esa libertad.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

